LA PROFECÍA CHINA DE CERVANTES

SIMPOSIO INTERNACIONAL
«El español en China: evolución y nuevas dinámicas»

Instituto Cervantes de Pekín
Conferencia académica, 23 de octubre de 2026

Darío Villanueva
Exdirector de la Real Academia Española

Instituto Cervantes

LA PROFECÍA CHINA DE CERVANTES

SIMPOSIO INTERNACIONAL
«El español en China: evolución y nuevas dinámicas»

Instituto Cervantes de Pekín
Conferencia académica, 23 de octubre de 2026

Darío Villanueva
Exdirector de la Real Academia Española

Instituto Cervantes

Siempre admiré de la cultura china su enorme carga sapiencial; es decir, su aporte de todo lo referente o relativo a la sabiduría, a partir, milenios atrás, de Confucio y sus discípulos. Dirigiéndose a uno de ellos, Zi Lu, el maestro decía algo que he adoptado como lema personal: «Inteligencia tiene el que dice saber lo que sabe y reconoce su ignorancia de lo que ignora». Y Laozí añadía, en la misma línea: «Es inteligencia conocer a los hombres y es claridad conocerse a sí mismo». Y por mi parte sumaré otra máxima de Mengzi: «La capacidad para distinguir entre lo justo y lo erróneo es inteligencia».

En la cultura de mi país, y la de todos los que hablan español, existe una fuente monumental de sabiduría, que es a la vez la obra que inauguró en Occidente el género literario de la novela moderna. Me refiero obviamente al *Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra, cuyas dos partes se publicaron respectivamente en 1605 y 1615.

Aparte de narrarnos las, por lo general desgraciadas, aventuras del caballero andante que la protagoniza, y de su fiel y socarrón escudero Sancho Panza, en las conversaciones que mantienen entre ellos y con otros personajes se destila una fuente inagotable de sabiduría humana, más elevada y a veces quimérica la de don Quijote de la Mancha, y profundamente sensata y apegada a la realidad la de su acompañante. Así, el *Quijote* es un libro —traducido a todos los idiomas— que, abierto por cualquiera de sus páginas, nunca deja de darnos un consejo, una iluminación, una máxima sapiencial como la de los grandes maestros chinos que continuaron la estirpe de Confucio.

Yo me acerco todos los días a páginas cervantinas no como filólogo o estudioso de la literatura, sino como hombre que necesita iluminación, ánimo, equilibrio y mesura. A lo largo de mi vida me he visto alguna que otra vez, al igual que el propio Sancho Panza, mandado a administrar y gobernar ínsulas, y siempre tuve presente, como ahora también lo tengo, el segundo consejo que don Quijote le dio en semejante tesitura: «has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el

más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey».

Ya hacia el final del *Quijote* se formula también otra sentencia que me guía: «Que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza». Vara que en nuestra cultura significa la autoridad del alcalde, el gobernador o el rector que la porta; mitra es el tocado con que cubrían la cabeza las autoridades religiosas o militares.

Pero después de reparar en esta dimensión sapiencial, creo que resulta obligado, más que meramente oportuno, citar la obra de Cervantes a propósito de los vínculos entre España y China, asunto que nos reúne en esta conmemoración del vigésimo aniversario de la creación en Pekín del instituto que lleva el nombre de nuestro Príncipe de los Ingenios.

Nuestro escritor más universal escribía, el último día de octubre de 1615, a su protector el conde de Lemos la dedicatoria de la *Segunda parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha* en la que no ocultaba el disgusto, «el hámago y la náusea», que le había causado la continuación apócrifa de su novela publicada por un tal Avellaneda.

Cervantes se consuela afirmando que eran muchos los que le habían apremiado para que publicase su segunda parte auténtica, y añade una bizarra noticia que me parece que viene muy a cuento en esta ocasión. Afirmaba el Manco de Lepanto que entre quienes más le habían urgido para la entrega de su segunda parte del *Quijote* estaba, ni más ni menos que

> el grande emperador de la China, pues en lengua chinesa habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome o por mejor decir suplicándome se le enviase [esa segunda parte], porque quería fundar un colegio donde se leyese [es decir, se enseñase] la lengua castellana y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser el rector de tal colegio.

Y después de tan sorprendente y fantástica información, asoma enseguida la sutil ironía cervantina, una de las señas inconfundibles del arte literario que han hecho de nuestro escritor un clásico entre los clásicos.

> Preguntele al portador —añade Cervantes— si Su Majestad [el grande emperador de la China] le había dado para mí alguna ayuda de costa»;

> es decir, un subsidio económico para tan largo viaje. Y como la respuesta fuese negativa —«ni por pensamiento» le dice el mensajero—, el escritor declina la rectoría china «porque ya no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros».

Entre el año del prólogo cervantino y la creación del Instituto Cervantes de Pekín van casi cuatro siglos, pero nunca es tarde si la dicha es buena, y finalmente en cierto modo así se ha cerrado el círculo en lo que se refiere a la enseñanza de la lengua castellana, tal y como don Miguel nos dice que le pedía el gran emperador de la China. Una lengua policéntrica, «el español de todo el mundo» como nos gusta mencionarlo, para la que mis compatriotas representan en su totalidad un ocho por ciento de los hispanohablantes.

No por méritos personales, sino por circunstancias sobrevenidas, desempeñé también durante cuatro años la presidencia de la Asociación de Academias de la Lengua Española, lo que me permitió estar en contacto continuo, presencial o a distancia, con las otras veintitrés academias que se ocupan, en tres continentes, del español. De entre ellas, veinte están radicadas en América, desde la norteamericana hasta la argentina, chilena, uruguaya y paraguaya. Recientemente se han añadido las dos últimas, la ecuatoguineana y la del judeoespañol. Entre todas, después del acuerdo trascendental de trabajar conjuntamente a favor de la unidad del idioma tomado poco después de las independencias en el siglo XIX, mantenemos la vigencia de una lengua compartida, panhispánica y multicéntrica, que permite a quienes no siendo nativos se acerquen a ella para comunicarse con más de seiscientos millones de hispanohablantes.

Manejar cifras, aunque sean millonarias, ante un auditorio chino siempre representa el riesgo de la comparación pírrica. Pero como decimos coloquialmente en español, nuestra comunidad hispanohablante no es moco de pavo, y para una potencia global como la República Popular China la lengua española abre la puerta de todo un continente, el americano, amén de franquear a la vez un ventanuco en Europa (España), en África (Guinea Ecuatorial) y Asia (Filipinas). Y, sobre todo, aportará, junto con el estudio del chino por parte de los hispanohablantes nativos, un instrumento poderoso de entendimiento, de concordia y de mutuo beneficio.

Y ello en el contexto geopolítico internacional en el que la errática actuación de los Estados Unidos bajo la férula de un presidente hispanófobo

confirma el papel que China pueda ejercer como potencia equilibrada, que sigue ampliando los vectores de su política de apertura al exterior y de interés por culturas y economías como las que el español sustenta en varios continentes y en numerosos países.

El Instituto Cervantes cuenta ya, desde 2024, con un segundo centro oficial en Shanghái, procedente de la transformación de la antigua Biblioteca Miguel de Cervantes, que funcionaba en la ciudad desde 2007. Con ello, España es el único país europeo con dos instituciones culturales de este rango reconocidas aquí. Estas sedes operan como los pilares públicos autorizados para la enseñanza de la lengua española, la acreditación lingüística y la difusión de la cultura hispanoamericana.

Aparte de la actividad fundamental de ofrecer cursos oficiales de idioma, gestionan certificaciones como el diploma DELE, y los certificados SIELE —promovido juntamente con la UNAM y las universidades de Salamanca y Buenos Aires— y CCSE, para acreditar conocimientos constitucionales y socioculturales de España, con el objetivo de facilitar el acceso a la nacionalidad. Imparte también cursos especializados de formación para profesores de español como lengua extranjera y cuenta con programas culturales y una amplia biblioteca. Me consta, además, que en la sede de Pekín se ofrecen actividades específicas como las presentadas como «China para residentes» o «China en profundidad», orientadas a la inmersión de hispanohablantes en la cultura y la sociedad chinas.

A este respecto, es de justicia recordar aquí y ahora el legado de Elio Antonio de Nebrija, cuyo quinto centenario luctuoso acabamos de conmemorar. Su gramática latina fue publicada inicialmente en 1481 bajo el título de *Introductiones latinae* con un propósito modesto —convertirse, como así sucedió, en el manual de referencia para la enseñanza de la lengua de Roma—, pero de gran trascendencia en un momento de decaimiento de la latinidad, en el que Elio Antonio bregó como un auténtico paladín. En principio, el *Arte* del maestro Antonio era por antonomasia su gramática latina. Pero a partir de 1492, el *Arte* del maestro Antonio pasó a ser también, y por voluntad expresa del propio autor, su *Gramática sobre la lengua castellana*, que, amén de la novedad absoluta que representa el hecho de ser la primera escrita sobre una lengua vulgar, incluye todo un extenso capítulo de contenido casi podríamos decir que revolucionario. Me refiero al libro quinto que se titula *De las introducciones de la lengua castellana para los que de estraña lengua querrán deprender.* Es lo que hoy en día conocemos a través

del acrónimo ELE, español como lengua extranjera, que es una de las fortalezas de nuestro idioma por la cifra millonaria de personas que están a ello gracias a la esforzada y benemérita labor de los casi cien institutos Cervantes repartidos por el ancho mundo.

En suma, al lebrijense se debe el haber dado el salto desde la gramática latina, de la que fue referente máximo en la España y la Europa del humanismo y el Renacimiento, a la gramática de una lengua vulgar, el castellano. Y como tal avance, ofreció la novedad de un paradigma susceptible de ser aplicado según el mismo procedimiento a otras «lenguas vulgares», en este caso las amerindias, que eran además ágrafas.

A esto sin duda contribuyó el hecho de que desde los primeros años de la colonización española en América numerosos misioneros humanistas comenzaron a elaborar gramáticas, o *Artes* como también Nebrija denominaba a la suya, de las lenguas nativas. Así, en 1547, muerto ya Nebrija, el franciscano Andrés de Olmos escribe la primera gramática de la lengua náhuatl, en la que afirma: «no seré reprensible si en todo no siguiere el Arte de Antonio». Y aparecen enseguida, *en cascada* como se ha llegado a decir, gramáticas semejantes del tarasco o purépecha, del otomí o hñahñú, de la lengua mixteca, de la zapoteca y de la maya yucateca, de la lengua poqomchí, de la chibcha, del quiché, cachiquel y zutuhil, del tzedal, del vilela, del achagua, de las lenguas tarasca, guaraní, lule y toconate, del aimara, del tonocoté, del mapuche, mapudungún o araucano... Luis de Valdivia, además de su gramática del mapuche, elaboró las de dos idiomas hoy extinguidos: la lengua allentiac de los indios huarpes y la lengua milcayac. Y así, sin interrupción, a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, se fue cumpliendo aquel mismo designio, que operó también en las Filipinas, con los idiomas tagalo e iloca. En 1742 fray Melchor Oyanguren de Santa Ynés imprime en México *Tagalismo elucidado y reducido (en lo posible) a la latinidad de Nebrija.*

Con los frutos en América y Filipinas de su *Gramática* de 1492, Elio Antonio de Nebrija no fue el ideólogo de la *lengua del Imperio*, sino el patriarca del *imperio de las lenguas* en el Nuevo Mundo, aportación civilizatoria émula de la dejada por los latinos de los que venimos los españoles.

En otras ocasiones antes de esta he tenido que exponer mis observaciones acerca de lo que he denominado el valor del español de todo el mundo. Y en esta dirección me ha sido de gran utilidad, entre otras fuentes, el documento presentado como una «versión nueva y mejorada de un enfoque alternativo para la producción de indicadores lingüísticos en la

Internet» publicado en 2021 por Daniel Pimenta desde el Observatorio de la diversidad lingüística y cultural en la Internet (http:funredes.org/le), perteneciente al Instituto Internacional de la Lengua Portuguesa.

Este riguroso estudio, de base estadística, que por supuesto se nutre de las aportaciones de *The Ethnologue: Languages of the World*, ha ampliado el espectro de los indicadores que dan cuenta de la actividad de 138 lenguas con más de cinco millones de hablantes en relación con Internet, que se concretan en cuatro macroindicadores —potencia, contenido, capacidad, gradiente y productividad— y aporta así algunas conclusiones interesantes.

Fundamentalmente, una disminución relativa en la presencia del inglés, en torno al 25 % frente al 30 % de 2017, y un aumento de la presencia del chino junto a la consolidación del español en tercera posición. Siguen el francés y el hindi, y con peso muy similar el ruso, el portugués, el árabe y el alemán.

Es de destacar que, en el macroindicador de *capacidad* —referido al valor de la potencia de una lengua dividido por el tanto por ciento de hablantes—, el español (con 1,67) supera al chino (con 0,95) y se aproxima al inglés (con 2,04).

En la misma línea, de un tiempo a esta parte se ha prestado novedosa y significativa atención al valor de nuestro idioma de acuerdo con la segunda de las acepciones de la palabra, la estrictamente económica.

Efectivamente, las dos acepciones iniciales del lema *valor* son: «Grado de utilidad o aptitud de las cosas para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite» y «Cualidad de las cosas, en virtud de la cual se da por poseerlas cierta suma de dinero o equivalente».

Fue pionero en este planteamiento el académico y vicedirector de la RAE don Ángel Martín Municio, bajo cuya iniciativa y dirección se publicó en 2003 una primera obra titulada precisamente *El valor económico de la lengua española* que recogía el resultado de la investigación, en la que intervinieron siete economistas.

Lo que Martín Municio les encomendó a sus colaboradores, y no llegó a ver publicado por su fallecimiento en 2002, fue determinar el valor económico de la lengua española mediante la cuantificación de su porcentaje en el producto interior bruto (PIB) del país. Para ello, los autores se ocuparon de medir la aportación a nuestra economía de todas las actividades para cuyo desarrollo es imprescindible una presencia determinante del idioma. No se circunscribieron a la valoración de las llamadas «industrias de la lengua», esto es, la lengua como producto, sino que ampliaron su

campo de atención a todas las producciones en las que el idioma constituye un elemento esencial.

La selección de actividades y productos vinculados a la utilización de la lengua incluía cuatro grandes apartados. El primero resulta obligado: todas las actuaciones generadoras de bienes y servicios relacionados directamente con el idioma. Se trata, pues, de la industria editorial, de la producción de objetos para la escritura, de las citadas «industrias de la lengua», de la enseñanza en sus distintas variedades, de la publicidad y de la Administración pública. El segundo apartado correspondería a los abastecedores de materias primas y otros insumos esenciales para las actividades anteriormente señaladas. En tercer lugar, aparecen las acciones de comercialización y distribución auxiliares de los dos grupos anteriores. Y finalmente, un cuarto capítulo dedicado al resto de sectores activos relacionados con la cultura, como pueden ser la edición de otros elementos no literarios; por ejemplo, musicales, y la órbita de los medios de comunicación no incluidos con anterioridad: televisión, radio, cine, etc.

Este estudio de índole macroeconómica se centra en el decenio anterior al año de su publicación (2003), y extrapola sus resultados hasta 2004. La metodología aplicada estrictamente a la realidad económica española de la época podría, sin embargo, aplicarse a la valoración de nuestra lengua común en cualquier otro país hispánico.

Los resultados obtenidos para los años antes reseñados indican que la valoración de nuestra lengua en precios corrientes alcanza en 2001 un porcentaje del PIB de un 15,0 %, ratio que se mantendría durante el trienio 2002-2004.

Posteriormente, una importante multinacional española (Telefónica) promovió y financió entre 2006 y 2014 una exhaustiva investigación bajo el título de *Valor económico del español*, codirigida por el catedrático universitario y economista José Luis García Delgado. Fruto de este enorme esfuerzo fue la publicación de catorce monografías en forma de libro, entre las cuales figura ya la que mi compañero de la RAE y la USC Guillermo Rojo dedicó a una nueva dimensión que no estaba todavía en el horizonte de Martín Municio y su equipo: *El español en la red.*

Utilizando como en la iniciativa anterior una metodología macroeconómica, los investigadores llegaron a conclusiones actualizadas no muy diferentes a las de 2003. Fundamentalmente, que la lengua española aportaba aproximadamente el 16 % del valor del PIB (164.000 millones de euros de

2014) y otro tanto del empleo en España (3,5 millones de puestos de trabajo), porcentajes similares a los que presumiblemente se encontrarían en las economías mayores de la América hispana de serles aplicado el mismo patrón de trabajo. Por otra parte, se estimaba que las industrias culturales, tan vinculadas al idioma, supondrían el 3 % de estas economías.

Junto a estas conclusiones, relativas al peso del español en términos de renta y empleo, esta investigación, resumida más tarde en sus términos fundamentales por José Luis García Delgado en el volumen colectivo *Más de 555 millones podemos leer este libro sin traducción*, analizó asimismo en qué medida nuestra lengua actúa como palanca generadora de efectos multiplicadores de intercambios comerciales y flujos de inversión. Se llega, así, a la conclusión de que el español cuadriplica los intercambios y transacciones entre los países en los que se habla, y de que el hecho de compartir esta misma lengua septuplica los flujos bilaterales de inversión directa exterior. No es difícil concordar, pues, en que una lengua común como la nuestra actúa como un impagable instrumento de internacionalización —por no decir globalización— empresarial, pues posibilita considerables ahorros en cuanto a los llamados «costes de transacción», que algunas empresas multinacionales llegan a fijar en cerca del 2 % de su total de ingresos. A este respecto, según datos del pasado mes de agosto, China ha desplazado por primera vez a Alemania como nuevo primer proveedor de bienes a España, con un montante de 266.000 millones de euros.

Resulta también interesante otra consideración. El conocimiento del español como lengua materna por parte de los inmigrantes latinoamericanos representa un premio salarial de hasta un 30 % en el mercado de nuestro país, amén de facilitar obviamente una más fácil integración laboral y social. Y se apunta a la vez acertadamente que en los Estados Unidos ese premio se está dando también siempre en clave de un bilingüismo inglés/español cada vez más valorado por los empleadores.

Pero en esta mi presentación de hoy, con motivo del cumpleaños del Instituto Cervantes de Pekín, no podría olvidarme del primer significado de *valor* como «Grado de utilidad o aptitud de las cosas para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite». Guiémonos ahora no ya por la economía, sino por beneficios en principio intangibles como *satisfacción*, *bienestar*, *provecho inmaterial.*

Ya he citado *The Ethnologue: Languages of the World*, una publicación elaborada por un instituto dedicado a documentar estadísticamente la

realidad de unas 6900 lenguas de todo el mundo. Según esta referencia, el español es la tercera lengua del mundo en número de hablantes nativos, seiscientos millones, solo por detrás del chino mandarín y el hindi, lo que representa casi un 8 % de la población mundial. Ocupa el mismo lugar en cuanto al número de estudiantes no nativos, más de veinte millones, importante rubro en el que hay que destacar el creciente interés por el español en Asia y el África subsahariana, amén de una presencia excepcional de centros del Instituto Cervantes en Argelia, en Marruecos y en Túnez.

Por otra parte, el español es la tercera lengua en Internet, según hemos visto ya, la segunda en Facebook y Twitter. Y en consonancia con la dimensión económica que ya hemos planteado, según las previsiones de la Insead Business School, en 2030 se convertirá en la segunda de intercambio comercial tras el chino. En cifras totales, somos 600 millones las personas que hoy la utilizamos, y las previsiones para 2050 se sitúan en los 750 millones.

No es, por lo tanto, hiperbólico ni chovinista calificar hoy por hoy el español como lengua ecuménica o *lengua global*, de la que se ocupan 24 Academias pertenecientes a otros tantos países de África, América, Asia y Europa. Es la segunda desde tal consideración después del inglés que, no lo olvidemos, disfruta de un estatuto privilegiado como *lingua franca* ni más ni menos porque la lengua de Shakespeare y Henry Ford ganó la Segunda Guerra Mundial.

Quisiera mencionar un ejemplo práctico de la globalización que afecta a nuestra lengua común. Hasta ahora, y desde 1780, el *Diccionario de la lengua española* ha sido un libro que en 2002 se digitalizó para ofrecerlo en acceso libre en la red. Ya en todo el año 2020 fueron mil millones las consultas que se hicieron desde doscientos países del mundo, no solo desde dispositivos fijos como las computadoras, sino también desde tabletas o teléfonos inteligentes. Nunca, en su historia plurisecular, esta obra ha podido ejercer tanta influencia sobre los hispanohablantes como ahora lo hace.

A partir de los datos estadísticos antes apuntados de acuerdo con *The Ethnologue,* yo destacaría la fortaleza del español como lengua nativa, como la lengua materna que se aprende en el ámbito familiar. El crecimiento vegetativo de muchos de los países hispanos asegura una continuidad expansiva que, sin duda, podrá refrenarse a medida que los cambios sociales vayan modificando las tasas de natalidad en aquellos en los que hoy en día aún son muy altas, pero junto a esto me parece fundamental reparar en el crecimiento potencial del español en dos grandes potencias

mundiales, de características muy diferentes la una y la otra, en las que, sin embargo, la evolución de nuestro idioma se muestra muy prometedora. Me refiero a la República Popular China y a los Estados Unidos.

En relación a este último país, que no es asunto para tratar aquí, los lingüistas diferencian entre dos situaciones en lo que al contacto entre lenguas se refiere: el bilingüismo y la diglosia. Detrás del distingo están las relaciones de poder. Una cosa es la convivencia de dos lenguas en un plano de razonable equidad y otra cuando la lengua A —así denominada por los expertos— representa la riqueza, el poder y el prestigio social, mientras que la lengua B aparece subordinada como perteneciente a quienes también lo están en una determinada sociedad.

Tengo para mí que, aparte de los datos estadísticos, y al margen incluso del enrarecido clima político desde el comienzo de la primera presidencia de Donald Trump, el español está afianzando su posición como un idioma en condiciones de servir sin limitación alguna a la sociedad norteamericana en convivencia bilingüe con el inglés.

Mi tarea en la gestión de instituciones como mi universidad y la Real Academia Española —que suman once y nueve años respectivamente, veinte en total— me ha familiarizado con un instrumento muy útil para la planificación estratégica y el conocimiento en profundidad de la situación real en que se encuentran organizaciones de todo tipo: empresas, corporaciones, fundaciones, instituciones.

Me refiero al método de análisis conocido por el acrónimo DAFO, suma de las iniciales de sus cuatro vectores: las Debilidades, las Amenazas, las Fortalezas y las Oportunidades.

Para que mi conferencia ante este congreso no deje de incluir una razonable autocrítica como español y como hispanista, sin detenerme demasiado en ello mencionaré el apartado de las AMENAZAS que se ciernen sobre el español, entre las cuales destaca en mi opinión una globalización arrasadora con fuerte impronta anglosajona. Me refiero, claro está, a la invasión cultural en un sentido amplio, que nace de lo que James C. Bennett describió su libro de 2004 *El desafío de la Anglosfera*.

Igualmente, me preocupa sobremanera la desculturización que la acompaña, favorecida por la degradación de la educación y la influencia, muchas veces nefasta, de los nuevos medios de comunicación, pero con la primacía hasta el momento de la televisión, cuya ramplonería y vulgaridad posmodernas ya denunciara Pierre Bourdieu en 1996.

Muy vinculado a estas amenazas se me figura el riesgo de que determinadas DEBILIDADES de nuestro idioma actúen como deplorable catalizador. En mi libro *Morderse la lengua*, publicado en 2021, denuncio dos de aquellas amenazas, la llamada *corrección política*, a la que considero la censura posmoderna, y la llamada *posverdad*, que no es otra cosa, también, que la mentira posmoderna. Por esa vía llegaríamos a lo que George Orwell, pensando lógicamente en la evolución del inglés, denominaba *neolengua*, «newspeak».

Yo prefiero hablar de *poslengua*. No es ocasión esta de extenderme en exponerles las tesis de mi libro, pero en él denuncio una de las debilidades del español: esa falta de respeto, de menosprecio de la lengua de que trata Fernando Vilches Vivancos en una obra de 1999 también, consagrada a analizar, con profusa documentación gráfica y literaria, las prevaricaciones idiomáticas de todo tipo cometidas en la prensa. Entre ellas, el abuso de extranjerismos y expresiones ajenas al espíritu del español. El concepto jurídico de *prevaricación* consiste, según nuestro diccionario, en un «delito consistente en que una autoridad, un juez o un funcionario dicte a sabiendas una resolución injusta». Nosotros, cada uno de nosotros hispanoparlantes, sin excepción, somos en cierto modo autoridades, jueces y funcionarios del español, y prevaricamos cuando incurrimos en el pecado de lo que gusto denominar «las tres des»: desdén, desprecio y descuido de nuestra lengua materna compartida con medio millar de millones de hombres y mujeres de todo el mundo. El gran lingüista español Amado Alonso (1948) fue el primero en ocuparse, precisamente, de las prevaricaciones idiomáticas de Sancho Panza en el *Quijote*.

Es, ciertamente, para preocuparse la contaminación, muchas veces incomprensible, del español por el inglés. Resulta desmesurada la incidencia de esta tendencia en la publicidad, que abusa de términos ingleses como si las cosas, al ser mencionadas en esta lengua, tuvieran mayor calidad y más valor. Lo mismo cabe decir en el apartado de los dispositivos, programas o sistemas tecnológicos. Es absurdo que en español se siga utilizando *tablet* y no *tableta*, con lo cual unas veces se dice en masculino y otras en femenino, pues en el inglés no existe género gramatical; sin mencionar la dificultad de pronunciar un plural en *-ts*. Detrás de estos comportamientos lingüísticos subyace cierto complejo de inferioridad que me parece indecoroso. Lo mismo que a los fundadores de la RAE les preocupaba en 1713 la presión del francés, ahora el problema es mucho mayor con

la nueva lengua franca. Y no se trata de defender una actitud de purismo recalcitrante. En el siglo XIX, el ferrocarril significó un gran avance tecnológico. Sus constructores eran ingleses y con las máquinas trajeron las palabras. Pero estas ya se han integrado totalmente en el español. Cuando decimos *vagón* o *raíl*, no sentimos que sean vocablos foráneos. Lo que es muy difícil de comprender es el papanatismo de la utilización innecesaria e inconsecuente de términos ingleses. Por ejemplo, que un servicio de manicura se anuncie como *Nails Factory*, o un organismo oficial envíe una invitación que empieza con un *Save the date* e indique después el *dress code*.

Pero elevando de nuevo nuestros ánimos, a los valores ya apuntados —esto es, fortalezas y oportunidades— hay que añadir otros como el primero que estamos contemplando: la globalidad de una lengua que satisface las necesidades de los países que la hablan como materna, pero que crece también en los demás porque como lengua extranjera proporciona beneficios que así son estimados por la población que se decide a estudiarla. Y añado ahora otro valor doblemente apreciable en el contexto de la globalización: el de la unidad.

Hace ahora 156 años —cinco decenios después de las independencias—, la RAE, que ya había nombrado como miembro suyo correspondiente al gran maestro de nuestra lengua en el siglo XIX, el venezolano/chileno Andrés Bello, elaboró un Reglamento para la fundación de Academias Americanas correspondientes, aprobado por la Junta de 24 de noviembre de 1870 a propuesta del director Mariano Roca de Togores, marqués de Molins.

El sucinto reglamento de once artículos viene precedido de una exposición de motivos que parece escrita desde un profundo sentimiento de fraternidad y exigencia de unidad, como bien se percibe en esta frase:

> Los lazos políticos se han roto para siempre; de la tradición histórica misma puede en rigor prescindirse; ha cabido, por desdicha, la hostilidad, hasta el odio entre España y la América que fue española; pero una misma lengua hablamos, de la cual, si en tiempos aciagos que ya pasaron usamos hasta para maldecirnos, hoy hemos de emplearla para nuestra común inteligencia, aprovechamiento y recreo.

Y, como fruto de este espíritu, se creó en 1871 la Academia Colombiana de la Lengua Española, la decana, detrás de la RAE, de las hoy existentes. A ella la seguirán la ecuatoriana, la mexicana y otras más constituidas tanto

en el siglo XIX como en el XX. Están todas las de los países americanos, incluidas la de Puerto Rico y la Academia Norteamericana de la Lengua Española. De 1924 data la Academia Filipina, y la penúltima establecida hasta el momento, ya en pleno siglo XXI, ha sido la del único país de África que tiene el español como lengua oficial: la Academia Ecuatoguineana. Esa nómina puede darse por cerrada con una vigesimocuarta academia, que no es otra que la del judeoespañol, la lengua que los judíos sefardíes, expulsados de España en 1492, mantuvieron viva hasta hoy en sus comunidades extendidas por gran parte de Europa, por el Imperio otomano y algunos enclaves del Nuevo Mundo.

Encuentro en aquel texto fundamental promulgado por la RAE en 1870 el germen de la inspiración panhispánica que hoy felizmente rige la actividad de una red de corporaciones dedicadas al cuidado y cultivo de una lengua, asociación que no existe con otra que no sea el español. Fue en 1950 cuando el entonces presidente mexicano Miguel Alemán Valdés promovió la iniciativa de un primer «congreso de Academias de habla española». Las sesiones se celebraron en abril de 1951 y dieron origen precisamente a la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE).

En la unidad de nuestra lengua universal, bien perceptible hoy gracias a la fluida comunicación que la movilidad de las personas y la transmisión a través de los medios de nuestras respectivas hablas facilita, tuvo mucho que ver, en este trascendental siglo XIX, la labor académica. Unidad incomparable a la de cualquiera de las otras grandes lenguas. Unidad ortográfica plena. Unidad reconocida y justificada en la monumental *Nueva gramática de la lengua española* publicada en 2009 y ampliada en 2025, completada con la *Fonética* dos años después y elaborada desde el más escrupuloso planteamiento panhispánico. Junto a ella, claro está, la no menos exhaustiva *Ortografía de la lengua española* publicada por la RAE y ASALE en 2010. Unidad que no significa uniformidad, pues se enriquece con los distintos acentos, modismos y particularismos del español de todo el mundo.

Huelga decir que, conforme a la política panhispánica que desde hace decenios ha hecho suya la ASALE, lo que se pretende es que, como bien lo hace el Instituto Cervantes, nuestros esfuerzos vayan en la línea del español del todo el mundo, sin que ninguna de sus variantes locales tenga primacía sobre las demás.

Retomando la línea del valor no económico sino humanístico y cultural de nuestra lengua, y después de justificar brevemente lo que la unidad

significa a este respecto, afirmaré como ya hice en el XI Congreso Asiático de Hispanistas, celebrado en la sede del Instituto Cervantes de Madrid en julio de 2024, que pocas literaturas como la que el Premio Miguel de Cervantes viene alentando desde 1976 pueden ofrecer un sistema tan integrado y estable de relaciones entre factores como tradición y renovación, escritores y público, centros y periferias, modelos y excepciones, creadores y mediadores, censura y libertad, críticos y lectores. Hablar, pues, de una literatura en dos continentes, o mejor, en cuatro continentes, tiene pleno sentido, más allá de lo meramente geográfico. La prueba está en los datos, y estos se podrían multiplicar no solo a partir de las personalidades y trayectorias de los escritores ya premiados, sino también de los que todavía no lo han sido.

Que la literatura en lengua española fue, desde muy pronto, un factor de comunicación integrador entre los pueblos de ambos lados del Atlántico es un hecho de la más absoluta evidencia, como también lo es que siga constituyendo, junto a la propia lengua, el vínculo patrimonial más firme que nos une más allá de los avatares de la historia, incluidas las exigencias afirmadoras de las nacionalidades: como recuerda Carlos Fuentes, sin la lengua de la colonia no hubiese habido lengua de la independencia. Los escritores cubanos, argentinos, uruguayos, mexicanos, españoles, peruanos, colombianos, nicaragüenses y paraguayos que hasta el momento han merecido el Cervantes comparten un mismo idioma que adquiere en sus plumas diferentes acentos literarios sumamente enriquecedores del acervo hispánico, pero participan a la vez, y desde diferentes perspectivas, de un sistema común en cuyo marco se institucionaliza una literatura.

Esta misma idea vertebra el discurso del Premio Cervantes en el caso del filólogo, teórico de la literatura y poeta Dámaso Alonso, para quien, como para otros creadores españoles, fue fundamental el deslumbramiento que le produjo el nicaragüense Rubén Darío. Gran parte del esfuerzo de Alonso como lingüista estuvo dedicado a defender un lema con el que tituló, precisamente, uno de sus trabajos eruditos: «Los españoles no somos los amos de nuestra lengua». El peligro de fragmentación que se cierne sobre un idioma compartido por veintitrés naciones de cuatro continentes, y por más de seiscientos millones de hablantes, ha sido conjurado, en gran parte, por la existencia de una lengua literaria común, irradiada desde focos diversos, de preeminencias simultáneas o alternativas, de acuerdo con las mudables condiciones históricas. Don Dámaso concluía

con una llamada, desde la lengua, al triunfo de pasiones positivas como la hermandad y la solidaridad, por encima de los particularismos nacionalistas. Pero es inestimable el valor estrictamente literario de esta tensión entre el tronco metropolitano y lo que Onetti denomina los «lejanos suburbios de la lengua española». Octavio Paz nos hizo recordar en su discurso que por América y en América «España colinda con lo desconocido»: ello vale tanto para lo real como para lo verbal.

Bien destacó todo esto Octavio Paz en su discurso de Alcalá con motivo de la recepción del Premio Cervantes correspondiente a 1981 cuando afirmaba que por literatura no entendía simplemente una colección de autores y libros sino «una sociedad de obras» en la que el papel cocreador de los lectores es fundamental. Pero no lo es menos la presencia de una tradición literaria consolidada, con su abanico de temas, procedimientos y estilos, con su canon de autoridades comúnmente aceptadas, de una crítica y una didáctica atentas a su análisis e interpretación, y de una industria cultural que mediante las casas editoras, las revistas y suplementos literarios, y otras empresas afines provea de cauce y soporte a la pura creación, y satisfaga las demandas de los lectores.

Este valor es objeto de reconocimiento generalizado, que en mi opinión encontró una formulación eminente en una memorable intervención del premio Cervantes Sergio Ramírez en el Congreso Internacional de la Lengua Española que tuvo lugar en Cartagena de Indias en 2007. Y dada la persecución gubernamental de que es objeto y que lo ha llevado al exilio en España, vaya para él mi invariable solidaridad en los momentos actuales, extensible al noble pueblo nicaragüense.

El premio Cervantes de 2017 plantea desde el comienzo la angustia de «sentirse escritor de una lengua con el país por cárcel, oprimida dentro de las rejas de la comunicación y la expresión local». Menciona, así, a dos literatos víctimas de esa especie de claustrofobia lingüística, checo el uno y húngaro el otro, y recuerda también que

> Nicaragua es un país más pequeño que la Hungría de Sándor Márai, o de lo que fue la antigua Checoslovaquia de Milan Kundera [en cuyo éxito internacional tuvieron que ver mucho sus traducciones al francés, añado por mi cuenta], y por eso me intriga, y me aterra, esa posibilidad de que nadie pudiera oírme más allá de mis fronteras, o la de quedarme alguna vez sin lengua.

Y concluye con un párrafo insuperable con el que yo también quisiera, tomando de prestado su voz, quintaesenciar uno de los valores inmarcesibles del español, la lengua que satisface las necesidades espirituales y proporciona bienestar y deleite a los muchos que la hablamos. Cito para cerrar mi intervención con palabras más eminentes que las mías al compatriota de Rubén Darío y autor de *Margarita, está linda la mar*:

> Digo todo esto, como quien se consuela con la realidad al despertar de un mal sueño, porque con el español me ocurre todo lo contrario a los padecimientos de los escritores de lenguas encerradas. Soy escritor en una lengua vasta, cambiante y múltiple, sin fronteras ni compartimientos [...]. Puedo volar toda una noche, de Managua a Buenos Aires, y siempre me estarán oyendo, estaré oyendo el español porteño desde mi español centroamericano [...] ningún otro idioma dueño de un territorio tan vasto. Me oirán en la Patagonia, y en Ciudad Juárez, un continente de por medio, y en el Caribe de las Antillas Mayores, y en el arco del Golfo de México, y del otro lado del dilatado Atlántico también me oirán, y oiré, en tierras de Castilla, y en las de Extremadura, y en las de León, en las de Aragón. Nos oiremos, hablaremos. Sabremos de qué estamos hablando, porque en la lengua, somos idénticos, estamos ungidos por la misma gracia.

Es obligado recordar también aquel párrafo no menos impresionante del chileno Pablo Neruda en sus memorias póstumas de 1974 *Confieso que he vivido:*

> Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos. Éstos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras.

El *Quijote* y su autor desempeñan, y no solo a título retórico, el papel de eje en dicho sistema. Alejo Carpentier recuerda que de niño jugaba en su ciudad natal de La Habana al pie de una estatua de don Miguel, al que considera el mejor embajador que España tuvo a lo largo de los siglos; Jorge Luis Borges hace lo propio con sus primeras lecturas del *Quijote*, a los ocho o nueve años de edad, cuando comprendió ya que su auténtico protagonista era un hidalgo tocado de la pasión del lector, de lo que Fuentes llamará, sin ambages, la locura de la lectura; para Luis Rosales, Cervantes siempre ha sido un escritor contemporáneo, y según Ernesto Sábato, el más conspicuo antepasado de todos los que escriben en castellano en España o en América; Augusto Roa Bastos confiesa haber aprendido en esta fuente el destino de escribir menos por industria que por necesidad interior, y Adolfo Bioy Casares le debe, simplemente, «la literatura, que dio sentido a mi vida».

Repárese, además, en el hecho de que varios de los escritores galardonados con el premio que lleva su nombre han dedicado ensayos de reflexión o interpretación al escritor alcalaíno y su inmortal novela: así Dámaso Alonso, Luis Rosales, Gonzalo Torrente Ballester, Carlos Fuentes o Francisco Ayala. La literatura entendida como el sistema de relaciones funcionales que venimos invocando favorece este intercambio de papeles: el escritor ha sido antes lector, y puede convertirse en crítico de lo que otros han escrito, cuando no hacer de sus obras fuente de recreaciones originales, como puedan ser la *Numancia* de Rafael Alberti representada en Montevideo por Margarita Xirgu, o el relato de Borges, apoteosis de la llamada posmodernidad, titulado «Pierre Menard, autor del *Quijote*», que no nos hace olvidar otras páginas suyas como «Magias parciales del *Quijote*» o la sucinta y emocionante «Parábola de Cervantes y de Quijote».

Pero el homenaje cervantino que yo prefiero está en otra obra argentina, *Bomarzo*, de Manuel Mujica Lainez, quien murió sin que este premio hubiese llegado a incluirlo en su ilustre nómina. Lo encontramos ya al final de tan extenso texto, cuando Pier Francesco Orsini asiste en Génova a los prolegómenos de Lepanto. Envuelto en una reyerta con marineros beodos, es salvado de una muerte cierta por un joven español, de fina cara aguileña, paje del cardenal Acquaviva, cuyo nombre el protagonista herido no fue capaz de retener. «Emanaba de sus ojos —leemos—, de sus ademanes, de su personalidad, un poderoso influjo», y como mentase sus aficiones literarias, Orsini se le confiesa asimismo poeta, antes de que ambos intercambien un Ariosto por un Garcilaso:

> Ya no lo vi nunca más, y concluí por olvidarlo. Siglos más tarde he pensado infinitas veces en él, con desesperación. Durante el resto del viaje, leí los poemas de Garcilaso. Sólo entonces noté en la segunda página del ejemplar, la firma de quien me lo diera. Estaba trazada en dos líneas, unidas por el diseño de la rúbrica, y en ellas se apretaba un nombre que jamás había oído de labio alguno: Miguel de Cervantes Saavedra.

Pier Francesco Orsini, condenado a no morir jamás, se desespera por no haber reconocido a quien treinta y cuatro años más tarde de aquel encuentro habría de publicar el primer *Quijote*, y clama: «¡Si lo hubiera sabido! Lo hubiera aposentado en mi castillo; lo hubiera festejado como a un monarca, mejor que al cardenal de Este, mejor que al duque de Urbino, mejor que a la marquesa de Mantúa, mejor que a ninguno...».

Pocas literaturas como la que el Premio Miguel de Cervantes viene alentando desde 1976 pueden ofrecer un sistema tan integrado y estable de relaciones entre factores como tradición y renovación, escritores y público, centros y periferias, modelos y excepciones, creadores y mediadores, censura y libertad, críticos y lectores. Hablar, pues, de una literatura en cuatro continentes tiene pleno sentido, más allá de lo meramente geográfico. La prueba está en los datos, y estos se podrían multiplicar no solo a partir de las personalidades y trayectorias de los escritores ya premiados, sino también de los que todavía no lo han sido que bien podrían proceder de Filipinas o de Guinea Ecuatorial.

A principios de 2018 el Gobierno chino aprobó un nuevo diseño de la enseñanza secundaria y del bachillerato en el que se contempla la inclusión de otras tres lenguas extranjeras en la oferta del currículo educativo además de las tres ya existentes, el inglés, el japonés y el ruso. Se trata del francés, el alemán y el español como opción adicional en secundaria y en el gaokao, el examen nacional de acceso a la universidad. Desde entonces, su crecimiento ha sido sostenido, aunque desigual: durante varias décadas, el español fue una especialidad minoritaria, circunscrita a un reducido número de universidades punteras. En la actualidad, más de un centenar de escuelas secundarias ofrecen español en China; el español ha dejado así de ocupar una posición periférica para convertirse en un instrumento estratégico de la política educativa y exterior de China. Con anterioridad, el comienzo de su enseñanza se remonta a 1952, para responder a la necesidad de formar diplomáticos y traductores para las relaciones con América

Latina. Ahora, de las 3000 universidades que existen en China, unas 120 cuentan con departamentos de español. En aquel total, destacan ochenta catalogadas como «nacionales», algunas de ellas especializadas en los llamados «estudios internacionales», en consonancia con lo que desde hace ya varios decenios constituye una de las prioridades estratégicas del gobierno: la apertura al exterior, la «internacionalización».

Entre los años 2017 y 2025, se observa una evolución significativa en el número de participantes y aprobados en el gaokao, circunscrito exclusivamente a la modalidad de educación superior general, que abarca tanto las universidades de grado como los centros de formación profesional superior. El año pasado se presentaron a las pruebas de acceso a la universidad poco menos de catorce millones de alumnos, y las superaron doce. Quiero decir doce millones (de otro modo estaríamos hablando no tanto de una selección sino de una verdadera masacre selectiva). Sumando los ciclos de secundaria y de bachillerato, son más de sesenta millones los escolares a los que, en aplicación del nuevo diseño curricular antes mencionado, se les ofrecerá la posibilidad de estudiar español antes de entrar en la universidad.

En consecuencia, según el Instituto Cervantes, el número de estudiantes de español en China ha crecido de forma sostenida, alcanzando aproximadamente los 60.000 en los últimos años, de los cuales unos 25.000 cursan estudios universitarios en más de un centenar de facultades. Este incremento en el alumnado ha ido acompañado de una creciente demanda de profesorado cualificado en el ámbito universitario. Según mis noticias, en 2018, el Instituto Cervantes firmó un acuerdo con la Autoridad Nacional de Exámenes Educativos (NEEA) para el reconocimiento oficial de los diplomas DELE en China, lo que ha contribuido a profesionalizar y estandarizar la formación del profesorado de español en las universidades. Asimismo, desde 2018 se han celebrado de forma continuada jornadas de formación para docentes de ELE, organizadas por la Consejería de Educación de la Embajada de España y el Instituto Cervantes de Pekín, con la participación de ponentes y talleres dirigidos a profesorado universitario. Según datos que me han proporcionado mis corresponsales en China, en las 61 universidades que han comunicado información completa sobre su plantilla docente, cuentan con 606 profesores chinos y 93 nativos hispanoparlantes.

Cierto que frente a esos 60.000 ciudadanos chinos que estudian español, la cifra homóloga correspondiente al inglés es abrumadora (varias decenas de millones), lo que da fe de las posibilidades de crecimiento que

nuestro idioma tiene, dado su potencial y su condición de segunda lengua del mundo por el número de hablantes nativos, después, precisamente, del chino mandarín.

Esa expansión será posible en gran medida gracias a las disposiciones del nuevo plan curricular del que tratamos, todo ello favorecido por la actitud de atenta curiosidad que la sociedad china manifiesta últimamente hacia las comunidades y las culturas que se expresan en español, y el evidente interés estratégico del gobierno hacia la región de Latinoamérica, lo que no ensombrece su atención a España como cuna del español y miembro de la Unión Europea.

Por otra parte, me consta que el español se ha consolidado como un idioma de alta demanda en el mercado laboral chino, impulsado por la estrategia de la Franja y la Ruta y la expansión global de las empresas chinas. Según datos de la Oficina de Aduanas de China, en el primer trimestre de 2026, el comercio transfronterizo de China alcanzó los 618.460 millones de yuanes, y el español es un idioma clave para gestionar los mercados de América Latina y España. Empresas como BYD, Xiaomi, Huawei, y otras vinculadas a la automoción, la minería y las energías renovables, están demandando activamente profesionales con competencias en español. Por ejemplo, BYD incluye lenguas extranjeras en su programa de reclutamiento para puestos en el extranjero, y la empresa siderúrgica Shougang busca traductores de español para su filial en Perú con salarios anuales superiores a los 200.000 yuanes, mientras que puestos de gestión en el extranjero pueden superar los 500.000 yuanes, con beneficios como vivienda y transporte gratuitos.

Igualmente, más allá de la traducción tradicional, el español abre puertas en sectores emergentes. En el sector del comercio electrónico transfronterizo y marketing digital, plataformas como SHEIN buscan profesionales para operaciones de usuario y planificación de marca en español. Empresas de tecnología como Xiaomi y Huawei también requieren personal para la internacionalización de sus productos y servicios en el mercado hispanohablante. Y en cuanto al turismo y los servicios culturales, el aumento del turismo receptivo ha disparado la demanda de guías turísticos y planificadores de viajes con dominio del español. En 2025, Pekín recibió 5,48 millones de turistas internacionales, lo que ha llevado a que los servicios de guías en español alcancen los 2500 yuanes por día. Igualmente, la industria del videojuego y las plataformas de contenido en línea requieren

expertos en localización para adaptar sus productos a los mercados de habla hispana.

En resumen, el gaokao no solo es un indicador de la masiva demanda de educación superior en China, sino también un reflejo de las oportunidades emergentes en el mercado laboral. El español, lejos de ser una opción menor, se perfila como una herramienta estratégica para acceder a sectores de alto crecimiento y salarios competitivos, siempre que se complemente con otras habilidades profesionales.

Según informaciones posteriores a la aprobación del nuevo plan curricular, avaladas por nuestra propia embajada en Pekín, supimos que las autoridades competentes manifestaban la necesidad de contar con apoyo para afrontar los dos grandes retos que su decisión planteaba: por una parte, disponer de suficiente profesorado, bien nacional bien de nativos hispanohablantes, y por otra, contar con instrumentos docentes *ad hoc*: materiales didácticos, unidades y ejercicios prácticos, documentación y bibliografía sobre la lengua española. Estos problemas habían lastrado desde un principio las magníficas expectativas que se abrieron a principios de este siglo cuando se promulgó en Brasil otra ley para hacer obligatoria, gradualmente, la oferta del español en enseñanza media, y opcional en los tres últimos cursos de primaria.

A lo largo del año 2018, último de mi mandato, centré mis esfuerzos en el aprovechamiento de una oportunidad excepcional que acababa de abrirse. La Real Academia Española, cuando tuvo noticia de todas las posibilidades abiertas para el español a partir de 2017 recurrió enseguida a su académico correspondiente Lu Jinseng, catedrático de SISU y presidente entonces de la Comisión nacional para la enseñanza del español en su país, organismo del Ministerio de Educación. Nuestro propósito RAE era ofrecer un instrumento totalmente novedoso, inexistente en el caso de las otras lenguas antes mencionadas, para proporcionar a los centros de secundaria y bachillerato toda la documentación pertinente sobre la gramática, la ortografía y el léxico del español mediante una plataforma digital interactiva especialmente pensada para la enseñanza de nuestro idioma como lengua extranjera. Con ella queríamos contribuir a tan encomiable y ambicioso proyecto aportando todo el caudal de saberes lexicográficos, ortográficos y gramaticales que la Real Academia Española ha ido desarrollando ininterrumpidamente desde su propia fundación, en 1713. Saberes que habían sido integrados en una plataforma de servicios lingüísticos denominada

Enclave RAE concebida desde un principio de acuerdo con las exigencias de la nueva sociedad de la información y de los llamados «nativos digitales», esto es, de las generaciones nacidas después de la consolidación de la llamada «Galaxia Internet». Formalizamos, a tal fin, un convenio de colaboración que se firmó solemnemente el 28 de noviembre de 2018, en Madrid en presencia de los presidentes Xi Jinping y Pedro Sánchez con motivo de la visita de Estado del mandatario chino a España.

Cuando me hice cargo de la dirección de la Real Academia Española en 2014, acabábamos de conmemorar el tercer centenario de su creación, y desde un principio tuve presente, como mi compromiso primordial, hacer frente a un reto que me hacía rememorar la proeza de los fundadores trescientos años antes. Se trataba, y se trata, de refundarnos, construyendo la Academia de los «nativos digitales» que son o serán hablantes del español, nativos o no, extendidos a lo largo de todo el globo, no en vano nuestra lengua, junto con el chino mandarín y el inglés, merece con justicia el calificativo de lengua global.

Se trata de quienes, nacidos después de la generalización de Internet —a partir de 1995 según la fecha que nos indican los expertos en este campo—, han alcanzado ya una mayoría de edad acompañada desde el principio de la capacidad de hablar, entender, leer y escribir su lengua, y de emprender el estudio y la práctica de otra u otras extranjeras. En la adquisición de la información necesaria a este respecto, y en el propio proceso de aprendizaje, estos nativos digitales están, lógicamente, más próximos a las pantallas que a las páginas impresas de los libros. El Enclave fue uno de los proyectos principales que abordé como director, en la misma línea de ir desarrollando lo que yo denominaba «la RAE de los nativos digitales». Huelga decir que para mí fue memorable la firma el 28 de noviembre de ese año 2018 del Acuerdo de cooperación estratégica para la promoción por RAE Gestión en China de la plataforma de servicios lingüísticos Enclave RAE y la construcción del Centro conjunto de investigación idiomático-cultural entre España y China.

Desafortunadamente, aquel importante acuerdo no ha tenido el desarrollo a que nos comprometía. Pero sigue vigente, amparado por la fortaleza de su condición como convenio internacional de máximo nivel. El centro conjunto RAE-SISU no solo sigue en pie, sino que ha sido dotado de espléndidas instalaciones y recursos humanos y presupuestarios en la Universidad de Estudios Internacionales de Shanghái. A él están concurriendo,

además, con sus aportaciones expertas, académicos de la ASALE. Entre ellos, destaca la visita de la lingüista Daisy López, presidenta de la Academia Filipina de la Lengua Española —corporación fundada en 1924—, quien en junio de 2024 ofreció en el centro una serie de conferencias sobre la evolución del español en Filipinas, la lengua criolla chabacano y las estrategias pedagógicas para la enseñanza del español a las nuevas generaciones. Y en 2025, el centro acogió también la visita de la académica argentina Ángela Pradelli, miembro de número de la Academia Argentina de Letras y académica correspondiente de la Real Academia Española. El 31 de octubre de 2025, Pradelli participó en el diálogo literario «Escritura femenina, Argentina o el mundo», organizado conjuntamente por el centro RAE-SISU, la Asociación de Escritores de China, la Asociación de Escritores de Shanghái y la Biblioteca Ba Jin. Durante el encuentro, la autora dialogó con la profesora Yu Man —directora del centro— y la escritora y traductora Yu Shi sobre su novela *El aliento violento del mundo*, obra ambientada en la dictadura argentina (1976-1983) que obtuvo en 2018 el Premio a la Mejor Novela en español de la editorial People's Literature Publishing House.

En definitiva, la evolución del español en China, desde los primeros programas aislados hasta la actual red de más de un centenar de universidades, los programas de doble titulación, los foros nacionales y las competiciones de alto nivel, refleja una apuesta estratégica por el multilingüismo y la cooperación internacional. En este proceso, el Centro Conjunto de Investigación RAE-SISU no constituye un actor accesorio, sino una infraestructura académica fundamental para garantizar el rigor, la continuidad y la proyección internacional de la enseñanza del español en China. En un momento en que la inteligencia artificial y la transformación digital están redefiniendo los modelos de aprendizaje de idiomas, la existencia de un centro de referencia compartido entre China y España representa una ventaja competitiva y, al mismo tiempo, un símbolo del compromiso mutuo con la excelencia educativa y el entendimiento intercultural.

Pero no me cabe ninguna duda de que la parte del león, por decirlo con el dicho proverbial castellano tomado de una fábula de Esopo, en esta apasionante tarea le corresponde al Instituto Cervantes, que lleva ya veinte años desde su primer centro de Pekín, secundado ahora también desde Shanghái. Desde aquellos inicios son numerosas sus iniciativas de formación y expansión. Y así, por caso, en 2024, el director del Instituto Cervantes, Luis García Montero, realizó una visita oficial a China para reforzar la presencia

del español y firmar acuerdos de colaboración, entre ellos la renovación del convenio con el Centro de Enseñanza y Cooperación Lingüística (CLEC) para la formación continua de profesorado de español destinado a los institutos Confucio de Europa y América.

Coincidí con él el último año de mi mandato como director de la RAE. Entonces y ahora mi argumento al respecto de la cooperación entre nuestras dos instituciones es siempre el mismo: la RAE es una organización no estatal —nacida de la sociedad civil en 1713 pero acogida a la tutela y protección del Estado— que se dedica preferentemente a ocuparse del español allí donde esta lengua se habla. El Cervantes es, a su vez, un instituto creado por el Estado español en 1991 con el objetivo de atender a la difusión de nuestra lengua allí donde no se habla español. Se trata, por lo tanto, de dos instrumentos de acción lingüística y cultural complementarios. Imprescindibles para dar respuesta al reto de que una lengua ecuménica, la segunda en el mundo por el número de hablantes nativos después del chino mandarín, contribuya con su difusión en todo el mundo, y especialmente en China, a la comunicación intercultural y el entendimiento entre los ciudadanos y los pueblos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alonso, A. (1948). «Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho». *Nueva Revista de Filología Hispánica* 2(1), 1-20.

García Delgado, J. L.; Alonso, J. A., y Jiménez, J. C. (2008). *Economía del español. Una introducción.* Madrid: Ariel/Telefónica.

Martín Municio, Á. (2003). *El valor económico de la lengua española.* Madrid: Espasa.

Merino, J. M., y Grijelmo, Á. (comps.) (2019). *Más de 555 millones podemos leer este libro sin traducción.* Madrid: Taurus.

Rojo, G., y Sánchez, M. (2010). *El español en la red.* Madrid: Ariel / Fundación Telefónica.

Vilches Vivancos, F. (1999). *El menosprecio de la lengua. El español en la prensa.* Madrid: Dykinson.

Villanueva, D. (2021). *Morderse la lengua. Corrección política y posverdad.* Barcelona: Espasa.

Instituto Cervantes

DIRECTOR
Luis García Montero

SECRETARIA GENERAL
Carmen Noguero Galilea

DIRECTOR DE GABINETE
Miguel Albero Suárez

DIRECTOR DEL OBSERVATORIO GLOBAL DEL ESPAÑOL
Francisco Moreno Fernández

DIRECTOR DE RELACIONES INTERNACIONALES
Luis Marina Bravo

SUBDIRECTORA DE RELACIONES INTERNACIONALES
Rebeca Gutiérrez Rivilla

DIRECTORA DE CULTURA, BIBLIOTECAS Y CULTURA DIGITAL
Raquel Caleya Caña

DIRECTOR ACADÉMICO
Álvaro García Santa Cecilia

SUBDIRECTORA ACADÉMICA
Raquel Romero Guillemas

© De esta edición
Instituto Cervantes, 2026
Alcalá, 49. 28014 Madrid
Libreros, 23. 28801 Alcalá de Henares
www.cervantes.org

Impreso en España


Instituto Cervantes